

# **El Cristo, la ciudad y el tiempo. (Pie para un canto, ante Orense y su Cristo)**

José Ángel Valente

I

Cristo de tiempo eres,  
Cristo crucificado  
entre dos agonías,  
la tuya más feroz  
y la mía más triste.

Cristo de tiempo y sangre y negro  
rostro, bajo despacio hasta tu pecho  
para apoyar allí mi oído,  
y escuchar el lejano  
rumor del sordo mar,  
desde el que un día  
te trajeron tal vez.  
Tal vez estabas  
de pie sobre una barca  
verde y ya crecía  
tu barba oscura lentamente.

Cristo  
y el tiempo  
y la ciudad  
pequeña, arrodillada en torno,  
igual que la plegaria

alrededor de la capilla  
de ángeles enormes,  
espejos y retablos  
que han pulido las manos y los besos.

Tuve aquí mi lugar  
en esta rueda de oraciones diarias.  
Oh, cómo te apretaba  
el corazón la súplica  
y el compás y el rumor  
humilde de las rodillas arrastradas.  
Yo entonces no sabía  
por qué ni para qué, yo no alcanzaba  
la estatura total de un padrenuestro  
y me perdía en la mitad:  
«Que venga,  
que venga a nos tu reino  
y no haga falta  
pedirlo más... Padre, perdónanos,  
perdónanos ahora,  
precisamente ahora  
y no más tarde...».

Pero Tú comprendías,  
Cristo, oh Cristo  
demasiado alto  
para ser abarcado por los ojos de un niño.  
Tú eras para mí  
como una montaña  
de pena y tiempo.  
Oscuro entre las luces  
—como un agonizante  
al que alguien se obstinara  
en vestir de domingo—  
enorme en tu cuita,  
enorme, extraño, viejo  
Cristo de tiempo  
entre dos ángeles

que no pueden volar de tantas alas.

## II

Cristo de tiempo, Cristo  
de estar en pie  
sosteniendo la muerte...

Recuerdo la ciudad  
rodeada de niebla,  
como una fortaleza  
donde entrara el invierno  
a lentas embestidas.  
Y la niñez se desleía en llanto,  
en tristes goterones que caían despacio  
del día al mes, del mes al año, del año a la distancia.

Desde lejos te busco,  
Cristo del caminar,  
lejano Cristo mío...  
De caminar tengo los ojos ciegos,  
y de llevar a cuestras tantos sueños  
desgastadas las manos y las lágrimas.

Evoco ahora tu figura entera,  
ahora que puedo verte,  
ahora que no hace falta  
mirar, sino dejar que vengas  
desde dentro de mí hasta mis labios,  
para así pronunciarte:  
sólo Cristo de tiempo.

Cristo de tiempo,  
sálvame del tiempo.  
Acoge lo vivido  
bajo la sombra grande de tu pecho.

## III

Vertiginosamente calles y lugares,

esquinas, rostros, nombres,  
la primera promesa  
—como el primer olvido—  
se mezclan, se confunden.  
También recuerdo las colinas  
que en la tibieza de la estación nos saludaban  
con ramos amarillos.  
Allí era grato  
empinarse y trepar, gritar a voces  
la naturaleza imposible de los sueños.  
Después el río  
con su hondo pecho resonante  
y los puentes tendidos  
de lado a lado, como  
si todo fuese sólo  
atreverse y cruzar sin volver la mirada.

Vivir fue aventurarse en la distancia  
de mar a mar, de montaña a montaña,  
de corazón a corazón,  
siempre más lejos.

Y queda la ciudad,  
envuelta en sueño  
en su valle de niebla,  
quieta la catedral como un navío  
anclado en la distancia,  
y su Cristo de tiempo  
y el agua manantial  
caliente y encendida,  
que brota de sus plantas.  
Porque bien sé la fuente,  
porque sé bien la fuente  
donde las aguas crecen  
con vocación de madre,  
de regazo o de seno.

Vuelvo al origen de las aguas,

regreso hasta tu imagen,  
Cristo de tiempo mío,  
y voy palpando  
la altura sucesiva de mis años,  
mientras Tú estás en pie,  
solemne, y crece  
tu oscura cabellera,  
Cristo de las plegarias y las horas.  
Una herida se abre en mi costado,  
donde el tiempo se clava  
como un ala de piedra.

Esta es mi agonía.

Óyeme ahora,  
Cristo de estar en pie  
sosteniendo la muerte,  
Cristo crucificado  
entre dos agonías...

*(1956)*

